

pre. conservando sus proporciones... Aquella mañana parecía ya una chiquilla gorda de diez a once años.

Todas la contemplaban en silencio. Absorta la mirada. Aquello era lo nunca visto.

Justinona, después de cerciorarse a su sabor de la nueva mengua, cayó sobre la cama llorando de la forma más aparatosa y compungida.

La hermana inspectora se encontró con este cuadro aquella mañana. Tan complejo era el ambiente de la habitación, que nada gritó, nada demandó, nada dijo. Casi medrosa, presintiendo algo terrible, se aproximó al corro de discípulas, que absortas en mirar a Justinona no se percataron de su llegada.

Justinona continuaba llorando sobre la cama. Los zapatos casi fuera de sus pies, de puro grandes; el uniforme, envolviéndola, sobrado como túnica. Alguna discípula, lo que resultaba innecesario, le comunicó a la hermana la nueva mengua.

\* \* \*

A las doce de aquel mismo día había en el Colegio de las Apostólicas muchas personas. La familia completa de Justinona, dos o tres médicos famosos y el padre provincial de la Orden Apostólica.

En los claustros y clases, aquel día cundió el desaliento; la meditación, el sobrecogimiento que manda lo sobrenatural. En el despacho de la directora la situación era más extraña todavía.

Justina, en paños menores, estaba bajo la métrica y horizontal barra de una báscula de farmacia. Los médicos la rodeaban muy interesados al parecer. Y ora comprobaban el fiel de la balanza, ora la tangencia de la barra métrica con la cabeza de Justinona. De vez en vez le hacían fotografías.

Justinona estaba pálida y ripiosa. La papada le caía como carne muerta. Las ojeras eran profundas.

Los varones de la familia, como ante agonizante, hablaban entre sí muy quedamente. La madre y hermanas disimulaban su llanto como podían. El provincial y las monjas paseaban nerviosos, bisbiseantes... Por la ventana entraba fuertísima luz meridiana, poniendo un reflejo en cada cosa.

Un médico gritó a los otros:

— ¡Un milímetro menos!

— ¡Ya?

— ¡Ya!

— ¡Cinco gramos menos!

— ¡Ya?

— ¡Ya!

— ¡Pero si va menguando un milímetro cada cinco minutos!

Justinona tenía los dientes enclavijados y fuertemente cerrados los ojos, como si con ello calculase las dimensiones que le robaban.

Alguno de los médicos propuso medir la presión de la atmósfera que vitalizaba la estancia. Aquella rápida sublimación de la humana materia habría de ir a alguna parte. Al aire de seguro.

Por ello fué enviado cierto auxiliar de gafas y bigote por no sé qué aparato usual en estas mediciones.

\* \* \*

A todo esto, Justinona se iba, se iba sin entierro ni nada. Tan buena era la pobre que se marchaba sin ruido ni ceremonia alguna... «Ella solita se va; evaporada como el alcohol», decían sus compañeras por el pasillo.

Aquella noche, cada colegiala cenó como pudo y cuando quiso. Las monjas no estaban para nada... A las dos de la madrugada nadie se había acostado en el Colegio de las Apostólicas.

Los médicos seguían haciendo fotos; corriendo la pesa de la balanza, bajando la barra del metro. Y la estatura de Justinona a aquella hora ya era lamentable.

Los padres se opusieron a que la criatura continuase en aquel aparato y a la pobre, casi exhausta, la llevaron a la mesa de operaciones de la enfermería. Allí se trasladó la comitiva.